



Ricardo Bosque

**Manda flores
a mi entierro**

Todo parece indicar que Mercedes Samper, una acaudalada mujer, se ha suicidado para no tener que sufrir los últimos rigores de una enfermedad terminal. Así lo piensan todos sus familiares y la policía es de la misma opinión. Sin embargo, un inspector que en sus ratos libres se dedica a redondear su sueldo con investigaciones privadas, pronto descubre que hay un pequeño, mínimo detalle que rompe la armonía del conjunto...

Manda flores a mi entierro, una novela ambientada en la Zaragoza actual y en unos ambientes cotidianos, desprende el aroma propio de los clásicos policíacos: un individuo, contra todo lo establecido e incluso contra todo lo conveniente, se va introduciendo poco a poco en una historia que, levantadas las primeras capas que le dan un tono respetable y humano, acaba mostrando una realidad distinta y, al fondo de todo, un pasado cenagoso.

«En aquel mismo instante tomamos la decisión de que, si podíamos ayudar a otros viejecitos solitarios a encontrar ese sosiego, lo haríamos».

ABBY BREWSTER, *Arsénico por compasión*

Uno

El cementerio no es el mejor lugar donde pasar una mañana del mes de febrero, como tampoco febrero es un buen mes para estar fuera de casa al punto de la mañana, así que Lorenzo decidió terminar cuanto antes con todo aquello y pasar a cobrar su parte. Consultó atentamente el monitor informativo del patio central del complejo funerario, una pantalla que le recordaba la que muestra el ir y venir de los vuelos en los aeropuertos, con la diferencia de que en el cementerio las líneas no experimentan demasiado movimiento: quienes figuran en aquella relación no están para muchos desplazamientos. Y otra diferencia fundamental es que en ese monitor nunca aparece la palabra «*Delayed*», el vocablo más temido en un aeropuerto: en un cementerio no hay nada que aplazar y se dan pocos casos de entierros cancelados. Leyó la pantalla una vez más para no cometer errores en su primer trabajo especial aunque, en realidad, aquella parte del trabajo especial nadie se la había encargado, aquella fase final la había asumido por iniciativa propia. «Agustín Lambea Chanel», rezaba la quinta línea del monitor. «Velatorio número cinco», especificaba después. Lorenzo sonrió ante la póstuma broma macabra que el azar había preparado para el señor

Lambeck. Recogió las flores que había dejado sobre el mostrador de granito, recompuso el papel de celofán que las envolvía, estiró un poco el lazo amarillo que ataba el ramo y se encaminó hacia el pasillo de la derecha.

Las conversaciones entre amigos y familiares lejanos del fallecido, animadas a la entrada del corredor, se iban apagando hasta convertirse en tímidos sollozos y constantes cabeceos incrédulos conforme se aproximaba a la salita que ocupaba su cliente. Lorenzo pasó ante la viuda y los que debían ser los dos hijos pequeños de Lambeck, indisolublemente abrazados a su madre. «No es posible, no es posible» eran las únicas palabras que sabía pronunciar aquella desconsolada mujer. Durante unos segundos le tentó la posibilidad de explicarle a la viuda que no es fácil comprender las razones por las que se suicida la gente, algo que se cansa de repetir su jefa siempre que tiene ocasión. Y lo hace con las mismas grandilocuentes palabras: «Así como los designios del Señor son inescrutables, los motivos por los que el personal se quita de en medio son inconfesables. Por la familia, claro». Pero rechazó la opción de ilustrar a la señora de Lambeck por considerarla arriesgada y se limitó a hacer lo que haría cualquier otro que pasase por allí en esas circunstancias: inclinar la cabeza en señal de respeto cuando estaba a la altura de la mujer y pasar de largo. Después se dirigió hacia el difunto, que reposaba entre flores y sobre caoba de la mejor calidad.

El féretro estaba descubierto y escoltado por dos gruesos velones encendidos a ambos lados de la cabecera que esparcían una tímida luz bailarina. La tapa permanecía apoyada en una de las paredes y a punto estuvo de tropezar con ella y derribarla. Lorenzo recordó en ese momento que siempre había deseado tener un descapotable, aunque de otro tipo. Dejó el ramo de rosas a los pies del ataúd y contempló atentamente el rostro del muerto mientras lanzaba miradas furtivas a su alrededor tratando de descubrir si alguno de los presentes le prestaba atención;

enseguida se percató de que el muerto tenía mejor color que en vida, a pesar de que solo le había visto en una ocasión antes de su llegada al cementerio. Resultaba evidente que la maquilladora había hecho un buen trabajo y apenas se podían apreciar las marcas amoratadas alrededor del cuello, aunque también contribuía a ello una sobria corbata azul marino perfectamente anudada. Sus facciones aparecían relajadas y lo habían vestido con el que probablemente sería su mejor traje –quizás el traje que utilizaba en las bodas–, componiendo un conjunto bastante aceptable para tratarse de un cadáver.

Lorenzo no pudo resistir la tentación de alisar una arruga que afeaba la parte inferior del pantalón del fiambre. «Así, mucho mejor», pensó contemplando su modesta pero necesaria aportación al engalanado de Lambea. A continuación se volvió hacia la puerta mientras sacaba de la carpeta el albarán de entrega. Buscó con la mirada a alguno de los familiares que aparentasen mayor entereza –la viuda no estaba para formalidades administrativas y a los niños los consideró demasiado jóvenes– que le pudiera firmar el recibí.

–¿Quién las envía? –preguntó el sujeto que se ofreció para cumplir el trámite, probablemente un hermano del finado a juzgar por el parecido físico entre ambos.

–No lo sé, supongo que la tarjeta debe de estar entre las flores –contestó Lorenzo guardando la copia amarilla en la cartera–. Ah, y le acompaño en sentimiento.

El supuesto hermano sacó un par de monedas del bolsillo y se las entregó al repartidor mientras le examinaba con una mirada que el chico consideró torva. Lorenzo dio las gracias educadamente y tomó el camino hacia el exterior del tanatorio. Respiró hondo el frío de la calle. Aunque ya llevaba un par de años en la empresa, la de Agustín Lambea Chanel había sido su primera entrega mortuoria y el muchacho, al cruzar la tapia que separaba la ciudad de los muertos de la de los vivos, pensó que por mucho tiem-

po que permaneciese en el gremio jamás se terminaría de acostumbrar a esos ambientes tan tristemente fríos. Ni al olor de los hospitales tampoco.

Cuando llegó a la floristería, una ambulancia había aparcado en la esquina en la que solía dejar la furgoneta. Lorenzo conocía al conductor, Ramón, tío de la jefa. Aparcó sobre la acera contraria y entró en la tienda. Pilar, la dependienta, estaba hablando con Ramón mientras apañaba un ramo de flores.

–Pero, entonces, ¿la criatura ya había nacido? –preguntó la muchacha con su insufrible tono agudo de voz.

–Como te cuento; recibimos el aviso del padre de la criatura, desesperado, claro está, y nos presentamos en su casa en cuestión de cinco minutos. Pues nada, que la mujer casi había acabado de parir... Vamos, terminar de sacar a la niña y al furgón con las dos. Y Ángel, que lleva dos días conmigo, casi pierde el conocimiento y se cae de culo. Total, que los compañeros hemos decidido regalarle unas flores a la madre por el rato que nos ha hecho pasar.

Pilar estaba preparando un hermoso centro de flores silvestres para la impaciente madre a la que había tenido que trasladar Ramón hasta el hospital. Cuando guarda silencio, Pilar resulta una chica agradable. Tiene veintidós años, un par más que Lorenzo, y lleva desde los dieciocho trabajando en Floristería Marqués. Pilar es alta y con tendencia a engordar, de pelo moreno, cara redonda y nariz respingona. Y una voz tan respingona como la propia nariz.

Cuando terminó de dar los últimos toques al centro, lo puso ante los ojos de Ramón, orgullosa de su trabajo. Las flores cambiaron de manos y Ramón dejó un par de billetes de veinte sobre el mostrador.

–Te ha quedado de puta madre, Pilar. No, no me des el cambio, quedáoslo de bote. Y saluda a mi sobrina de mi parte; voy con algo de prisa.

Ramón montó en la ambulancia con su ramo tras cruzar un saludo con Lorenzo. Este se dirigió hacia Pilar y le tendió el albarán de las flores de Lambea. Estaba a punto de dar media vuelta cuando oyó la voz de pito a su espalda.

—No tan rápido, Lorenzo; la jefa quiere verte. Y toma: dale el albarán tú mismo.

Lorenzo se giró de nuevo. Pilar mostraba una sonrisa burlona: resulta evidente que a Pilar le gusta este chico y, ante todo, le gusta verle en situaciones comprometidas como la que le esperaba en el despacho de la jefa esa mañana. Si hay algo que Tana no tolera es que no se respeten sus reglas. Y Lorenzo se había saltado una de las más importantes.

Lorenzo sorteó el mostrador con un mohín de disgusto en los labios y el papel amarillo en la mano. Apartó la cortina que ocultaba un vano tras el puesto que solía ocupar Pilar y se adentró en un pasillo oscuro, demasiado oscuro para el gusto del repartidor. Al fondo, una puerta con un letrero de «Privado». Golpeó la puerta con los nudillos muy suavemente, como para cumplir el trámite de presentarse ante la jefa y esperando a la vez que Tana no le oyea. Pero Tana tiene el oído fino. Y el genio afilado, o al menos aquella mañana de febrero lo tenía.

—Adelante —sonó una voz malhumorada.

Lorenzo abrió la puerta y traspasó el umbral. Cariacontecido, se sentó frente a la jefa, en una silla al otro lado de la mesa que esta ocupa, la única mesa que hay en el despacho. En el despacho también hay una única luz, la proporcionada por una lámpara de brazo flexible que ilumina el escritorio en el que Tana se ocupa de los asuntos administrativos cuando el trabajo real se lo permite. El muchacho debió de temer por un momento —su rostro desasosegado lo admitía sin ambages— que la mujer le enfocase con la lámpara y aparecieran a su espalda un par de matones con el mandato de proporcionarle un nuevo rostro.

Pero nada de eso sucedió: Tana no suele necesitar a nadie para enfrentarse a quien le falla.

—Te dije que, bajo ningún concepto, no llevases tú esas flores. ¿Quién cono te crees que eres? —golpeó con sus gritos a Lorenzo en un arranque deliberadamente teatral. El muchacho permanecía callado, incapaz de hacer nada para defenderse de la que le estaba cayendo—. Cuando te ofrecí este puto trabajo te dije que jamás cuestionases mis órdenes, que nunca te saltases mis reglas. ¿Y cuál es la primera, gilipollas?

—No entregar nunca las flores de tu propio cliente —recitó en voz baja el muchacho.

—¿Cómo? No te oigo.

—No entregar nunca las flores de tu propio cliente —repitió Lorenzo dando a su voz un volumen que debió de llegar hasta los oídos de Pilar en la tienda.

—Exacto —dijo Tana algo más calmada—. El principio fundamental de nuestro trabajo es la discreción, y no podemos correr el riesgo de ser reconocidos por algún familiar de nuestros clientes. ¿Entendido?

Lorenzo asintió aliviado con un movimiento de cabeza. Tana puede tener un carácter endiablado, pero el muchacho debía reconocer que su jefa era una profesional de la que tenía mucho que aprender y a la que debía lo poco que sabía del negocio. Y, por supuesto, tenía todo el derecho del mundo a lanzarle ese rapapolvo. Pero en el tono paciente con que hablaba en ese momento se apreciaba que la tormenta comenzaba a disiparse: lo que más temía Lorenzo era terminar en el paro de nuevo o, todavía peor, otra vez repartiendo pizzas con una motocicleta. Pero, por el momento, parecía que no iba a ser así.

—Venga, dile a Pilar que te pague la extra y sigue con los repartos ordinarios; ya te avisaré cuando tenga otro encargo para ti.

Lorenzo se retiró cabizbajo, interpretando el papel del perfecto arrepentido —porque seguía convencido, aunque

no lo pudiera demostrar, de que había hecho lo que debía llevando aquellas flores al cementerio— y sin apenas atreverse a musitar una despedida por miedo a que le cayera un nuevo chaparrón de gritos, aunque la bronca no había sido tan temible como podía esperar. Cuando salió del despacho, Tana sacó un cartapacio azul del cajón inferior de la mesa y guardó el albarán de las flores de Lambea. A continuación, buscó la ficha de Lorenzo y anotó en ella con un bolígrafo de tinta roja la fecha de finalización del trabajo y una nota marginal en letras mayúsculas. Cuando alguno de los repartidores comete un error o se excede en sus funciones, la jefa siempre le retira de la circulación durante más tiempo de lo habitual como medida punitiva y como precaución adicional. Porque Tana desempeña una profesión en la que nunca se tiene el cuidado suficiente, en la que siempre hay que intentar ser más prudente que nunca. Guardó de nuevo la carpeta y consultó el reloj: eran las doce y media de la mañana y todavía tenía que hacer la compra en el mercado. Apagó la lámpara, cerró con llave el despacho y, después de despedirse de Pilar, salió a la calle. El sol, tímidamente asomado tras un cielo gris como una lápida de mármol, resultaba insuficiente para calentar la mañana. «Pero este es el sol de que disponemos y no hay otro mejor», pensaba mientras escondía las manos en los bolsillos del abrigo.

Dos

Luis y Tana llegaron a casa al mismo tiempo. Ambos se acercaban al portal desde direcciones opuestas y se sonrieron al reconocerse a lo lejos. Se saludaron –como hacen casi a diario– con un beso en los labios, y durante un instante permanecieron enfrentados, indecisos como cuatros que tratasen de averiguar quién de los dos es el más rápido desenfundando las llaves. Pero el duelo no resultó necesario: fue el portero quien les abrió la puerta desde el interior del patio.

Luis y Tana llevan casados casi doce años, pero todavía no han logrado llegar a un acuerdo en cuestiones tan intrascendentes como determinar quién debe asumir, por ejemplo, la función de abrir la puerta cuando coinciden ante ella. O a quién le corresponde recoger los platos cuando el otro ha preparado la cena. O quién barre el suelo cuando uno hace la cama. Sin embargo, suelen entenderse a la perfección en lo fundamental. Salvo en un asunto que les ocupaba desde hacía varias semanas: el vestuario que Juan debía lucir el día de su comunión.

Luis no parecía dispuesto a renunciar a que su hijo se vistiera, como mínimo, de capitán de navío en un día tan señalado. Tana, sin embargo, prefería que el niño fuera de

calle, que como mucho se permitiera la licencia de acompañar con una corbata de puntitos blancos sobre fondo azul marino el sobrio vestuario de toda la vida consistente en unas bermudas grises, una camisa azul celeste y una americana azul marino. La cadenita con la cruz al cuello y el misal de tapas nacaradas en la mano; y nada más. Y ese fue el asunto que volvieron a tratar nada más entrar en casa. Sin embargo, la negligencia de Lorenzo había conseguido malhumorar a Tana y esta no estaba para tonterías, así que decidió zanjar la discusión de un modo tajante adoptando una estrategia más eficaz que diplomática.

–Mejor lo dejamos, ¿vale? Está claro que no vamos a llegar a un acuerdo al respecto, así que viste al niño como te salga de los cojones; ya me encargaré yo de decir a todo el mundo que lo del traje de Popeye es cosa tuya y veremos cómo te las apañas para desmentirme.

Esa es una maniobra que le suele funcionar bastante bien con Luis: ceder –al menos en apariencia– y hacerle ver que, en ese caso, toda la responsabilidad por la decisión adoptada recaerá sobre sus espaldas. La respuesta de Luis al desafío que le planteaba no fue muy diferente de la que su mujer había previsto.

–Bueno, no hace falta que te pongas así. Quizás tengas razón y lo de ir de marinero esté muy visto... pero, si finalmente se viste de calle, le podríamos poner una corbata vistosa, de flores por ejemplo.

Perfecto: el asunto del vestuario estaba en el punto en el que Tana deseaba tenerlo desde el primer momento; y sin desperdiciar demasiada saliva, al fin y al cabo. «Buen hombre, pero el mismo cobarde inseguro del que me enamoré hace años», pensó la florista sin permitir que una sonrisa triunfal burlara la frontera cerrada de sus labios. Tana es el pragmatismo hecho carne mortal. Y sabía que el traje de marinero era un gasto inútil, mientras que unas bermudas grises y una camisa azul celeste podían amortizarse más rápidamente que un uniforme de grumete salvo

que el Gobierno decidiera llamar a filas, repentinamente, a todos los menores de diez años. Algo que, por otra parte, no parecía demasiado probable.

–Muy bien, como tú quieras: de calle y con una bonita corbata de flores, entonces –resumió en una sencilla frase la breve pero fructífera discusión–. Y, por cierto, ¿cómo te ha ido la mañana?

Luis ni siquiera se había percatado de que su hijo ya tenía adjudicado traje para la comunión y que había sido él el encargado de dar el visto bueno al modelito que luciría en el momento de recibir al Altísimo. O sí es consciente de ello, pero lo considera una parte fundamental del juego del matrimonio que habían aceptado jugar años atrás. En cuanto a la corbata, Tana estaba dispuesta a aplazar para más adelante la discusión sobre el modelo que mejor se adaptaba a la ceremonia, pero accedería a plantarle una de flores antes que ver a su hijo disfrazado de Alfredo Landa en *Cateto a babor*.

–Bien, bueno, como siempre... La verdad es que no ha habido nada especial. Porque lo de la pareja que lleva una semana discutiendo sobre quién se queda el vídeo ya te lo he contado, ¿no? Ahora parece ser que están haciendo cuentas sobre qué parte de familia o amigos, si los del novio o los de la novia, aportó más dinero a la lista de bodas y así determinar quién se queda con el puto aparato. Creo que en un par de meses habremos resuelto el caso.

El hombre y la mujer que llevaban una semana discutiendo sobre quién de los dos se quedaba el vídeo eran los últimos clientes de Luis. Habían llegado a su despacho diciendo que pretendían una separación de mutuo acuerdo y que no veían la necesidad de recurrir a dos abogados –«duplicar gastos innecesarios», decían no sin razón– y sin embargo llevaban días estancados en el apartado de los enseres domésticos. Tana, por su parte, era de la opinión de que les habría resultado más fácil acudir a dos picapleitos: entre los dos se habrían repartido todo el botín

mediante la conocida táctica del alargamiento interminable de las negociaciones entre las partes, y al deshecho matrimonio no le quedaría sino la certeza de que no deberían firmar papeles comunes nunca más. Y lo que Luis temía era que cuando llegasen al reparto de los hijos, no se sabía lo que podía pasar. Pero él vive de eso, como Tana vive de sus bodas y de sus muertos, y de las flores que se requieren para esos y otros acontecimientos de obligada celebración. Como la comunión del niño, que sería de calle y con una corbata de puntitos blancos sobre fondo azul marino, mucho más elegante que las manidas corbatas de flores que tan pronto pasan de moda.

Tres

El día de san Valentín parece consagrado en exclusiva al amor, al menos desde que son los centros comerciales los encargados de establecer el calendario anual de festividades, tanto sociales como religiosas, que deben celebrarse en el país. Sin embargo, Tana sabe que el catorce de febrero siempre ha sido un día tan bueno como cualquier otro para engrosar su cartera de clientes especiales. Incluso considera que se trata de un día excepcional para el negocio a juzgar por el número de depresivos incapaces de asumir la soledad de sus sentimientos, una soledad en nada acorde con lo que preconizaban desde hacía semanas El Corte Inglés y ese estúpido angelote de los ojos vendados que ni siquiera sabe manejar un arco como es debido, pues rara vez acierta en sus caprichosas elecciones.

La mañana era como la de cualquier otro catorce de febrero: decenas de ramos de flores que debían ser repartidos a lo largo de toda la jornada –a mediodía para las amas de casa a jornada completa, al final de la tarde para las que deben distribuir su tiempo como pueden entre las labores del hogar y la oficina–, lo que permitía un escaso margen para terminar de preparar los pedidos que no ha-